

## Cromañones, hombres sabios.

Sentado en la puerta de la cueva que les servía de refugio, el jefe del clan de aquel grupo de neandertales descansaba al final de otro día, consciente quizás de la insignificancia de su existencia frente al poder que la naturaleza desplegaba ante él. Eran pocos, débiles y la búsqueda del alimento suponía una penosa tarea en la que, además, tenían que competir con otros seres mejor preparados que ellos.

Sin embargo, poseían una ventaja singular: su cerebro se había desarrollado de tal forma que no sólo servía, como en el resto de los animales, para el mero control fisiológico del organismo al que pertenecía, sino que era capaz de integrar la información que recibía de los sentidos y crear con ella, al principio y, después incluso, al margen de ella, una realidad abstracta a la que se ha llamado comúnmente *cultura o civilización humana*.

Esa cultura empieza a servir al ser humano para convertirlo en la única especie que es capaz de influir sobre el medio natural en función de sus necesidades. Los alimentos no se recolectan directamente sino que se cultivan, sirviendo los excedentes para el mantenimiento del grupo en épocas de escasez, el agua se almacena en depósitos fabricados expresamente para ello e, incluso, las enfermedades, que acababan hasta ahora con la vida de los individuos, son controladas mediante el uso de sustancias obtenidas de plantas o animales.

Una de las consecuencias derivadas de ello es el aumento de la población, al no encontrarse ya sometida a las leyes que rigen el funcionamiento de las poblaciones dentro de los ecosistemas.

El desarrollo cultural implica una rápida evolución de la *tecnología* que se traduce, con el paso del tiempo, en un aumento del bienestar de la humanidad, que poco a poco va colonizando todos los rincones del planeta. La presión sobre los recursos se va haciendo cada vez más evidente para satisfacer las demandas del ser humano.

Pero sucede que ese desarrollo no ha sido homogéneo; una parte minoritaria de la humanidad disfruta de la mayoría de los recursos a costa de tener sometida al resto a un destino incierto, lo que provoca una quiebra moral en el inconsciente colectivo. Eso ha sido, a lo largo de nuestra historia, motor que ha llevado a grupos humanos a movilizarse contra aquellos otros que ostentaban el control de esos recursos.

No debemos olvidar pues, instalados en la ingenuidad de nuestro *estado del bienestar*, que civilizaciones anteriores a la nuestra, que en su momento dominaron el mundo conocido, cayeron y desaparecieron para siempre. El sistema socio-económico actual, impuesto por la civilización occidental, basado en el consumo descontrolado y en el despilfarro energético no se puede sostener por mucho más tiempo, con el agravante añadido del daño que se está causando sobre el medio natural.

La tecnología nos ha vuelto prepotentes y nos ha hecho olvidar que no somos más que una de las muchas especies que habitan el planeta que, en un día no muy lejano, nos dio la vida. Urge un cambio de rumbo. El progreso de la sociedad no puede

continuar a costa de unos contra otros y de todos contra el planeta; éste es, en comparación con nuestra historia como especie, infinitamente más antiguo y “ha visto” nacer, desarrollarse y extinguirse a cientos de otras especies mientras él permanecía.

Recuperemos la humildad del neandertal del inicio de este relato. ¡Qué razón tenía al preocuparse por su destino! Otros hombres venidos de lejos, tan parecidos a ellos y a la vez tan distintos en su comportamiento, costumbres y hábitos de vida, acabarían por borrarlos de la faz de la Tierra.

Esos hombres éramos nosotros, los *cromañones*, los que ahora nos erigimos como dominadores del planeta. ¿Es que no hemos aprendido la lección? El tiempo, que implacable transcurre sobre aquél desde hace cuatro mil quinientos millones de años, tiene, como siempre, la última palabra.

Juan Olmo Ortiz.